

Mercedes Gómez Blesa

Filósofa, ensayista, investigadora y poeta española.
Directora de la edición de las Obras Completas de
Maria Zambrano.

«La razón poética es un instrumento, es una vía, una mediación
para que cada uno de nosotros llegue a descubrir su verdadero
ser, su ser esencial».



Conocí a Mercedes muy pronto, casi al mismo tiempo que comencé a conocer a María Zambrano. Fue al llegar a la Fundación, en esos días de aprendizaje y asombro, cuando la figura de Zambrano empezó a revelarse no solo en sus libros, en los manuscritos y cuadernos que guarda la casa, sino también en las personas que venían a buscarla entre papeles: investigadores que sabían leer en lo invisible. Entre ellos, Mercedes.

Cuando se es joven, uno busca —a veces sin saberlo— a quienes hablan desde un lugar parecido. Y Mercedes es joven. No por una cuestión exclusivamente asociada al calendario, sino por el modo en que su alma se ofrece: con una calidez que no se impuesta y que viene acompañada de ternura. Siempre he encontrado en ella una cercanía verdadera, un lenguaje amable y hospitalario, y una inteligencia que no impone, sino que acompaña.

Pero lo más valioso, quizá, es la luz que arroja sobre la obra de Zambrano. No solo la conoce: la habita. Su lectura es una forma de cuidado, y también de generosidad. Filósofa de altura, reconocida en todo el mundo por sus ediciones rigurosas y bellísimas, hoy tiene en sus manos una de las tareas más exigentes y necesarias: continuar la edición crítica de las Obras Completas de María Zambrano. Nadie mejor que ella. Y en eso, como en todo lo que importa, hay algo de promesa cumplida.

Mercedes, ¿qué supone el proyecto de edición crítica de las obras completas de María Zambrano para la lectura contemporánea de su obra?

Pues mira, supone recuperar y conseguir el canon zambraniano. ¿Qué significa eso? Pues rescatar todos los textos de María Zambrano haciendo una labor de limpieza filológica y de acercamiento de los textos al lector y, sobre todo, al investigador. Yo creo que las obras completas tienen una función más encaminada hacia aquellas personas o investigadores que estén haciendo un trabajo serio sobre ella, por lo minucioso del aparato crítico. Lo que hemos querido, sobre todo, es rescatar aquellos textos que están perdidos entre la multiplicidad de publicaciones periódicas de América

y de cada uno de los miradores de la vida de María Zambrano, de todo su itinerario del exilio.

Como experta en la obra de Zambrano, ¿hay algún texto o pasaje de la autora que no debe dejar de leerse?

Yo creo que hay dos textos que son sus obras fundamentales: *Claros del bosque* y *El hombre y lo divino*.

Zambrano propone una razón poética como alternativa al racionalismo dominante. ¿Cómo definirías esta razón poética y qué puede aportar hoy a un mundo que parece vivir de certezas rápidas, discursos extremos?

Yo creo que aporta dos cosas fundamentalmente. La razón poética es una razón que abre el corazón, da valor a nuestra dimensión más empática o emocional; según la cual, a través de esta dimensión realmente descubrimos nuestro ser esencial, nuestro verdadero ser, que está escondido entre los personajes que construimos socialmente para vérnoslas en la existencia.

Este trabajo emocional nos permite llegar a una desconstrucción de uno mismo. Recuerda que la palabra poética viene de *poiesis*, que significa creación. Es una razón que ayuda a la creación de la persona.

Por tanto, la razón poética es un instrumento, es una vía, una mediación para que cada uno de nosotros llegue a descubrir su verdadero ser, su ser esencial. Y ese ser, escondido tras los personajes, las máscaras, pues llegue a florecer, salga a la luz.

Uno de los ejes fundamentales del pensamiento de María Zambrano es el exilio. ¿Hasta qué punto su condición de exiliada marcó su vida, su forma de pensar, de escribir?

Totalmente. No se puede pensar en María Zambrano sin el concepto de exilio. En primer lugar, ella habla de una *heterodoxia cósmica*, incluso lo dice en *Horizonte del liberalismo*, mucho antes de que ella se exiliara históricamente, no personalmente. Ella parte de la idea de que el hombre es un exiliado del mundo, alguien que vive enfrentado a la realidad. Y su filosofía es un intento de volver a esa misma realidad, de reunirnos con aquello que está separado. Por tanto, siempre es una razón mediadora entre el

sujeto y lo que tiene enfrente, y busca la unidad, la reunión, la comunión, la participación.

De ahí que, muchas veces, el pensamiento de María Zambrano esté vinculado con la religión, porque religión viene de *religare*, de unir lo disperso. Y su voluntad, sobre todo, es una voluntad mediadora: llegar a ser uno con la totalidad sin perder la condición o la consciencia de la propia individualidad.

Mercedes, tú has dedicado muchos años a su pensamiento. ¿Cómo ha cambiado tu relación con Zambrano, tu percepción sobre ella a lo largo de los años?

Mucho. Yo empecé desde muy jovencita, casi con veintiséis años. Empecé a hacer mi tesis doctoral sobre ella en 1991, justo el año que muere. No la llegué a conocer personalmente.

Y la verdad es que mi primer acercamiento era desde una obra hermética, donde yo no era capaz de penetrar, porque no la entendía, no la comprendía. Era una obra que me movía al asombro, a la extrañeza. Me gustaba su música, me gustaba cómo sonaba, pero no conseguía entenderla.

Entonces descubrí que tenía que prepararme mucho en filosofía de las religiones, en esa búsqueda espiritual, en los diferentes caminos de la mística de las tres grandes religiones monoteístas para poder entrar en su lenguaje y comprender, por ejemplo, *El hombre y lo divino*, *Claros del bosque*, *De la aurora* o *Los bienaventurados*, que creo que es la parte más difícil. Conforme me fui formando en ese lenguaje de lo místico, en el lenguaje de esa búsqueda de lo otro, de lo sagrado, pues entonces fui, poquito a poquito, comprendiendo su pensamiento.

Todavía hay facetas que no me he metido a estudiar. María Zambrano tiene vías infinitas. Es un pensamiento infinito. Sugiere muchas vías de investigación. Creo que es una obra inagotable.

¿Crees que el pensamiento de María Zambrano es suficientemente conocido y valorado?

Creo que se conoce más su nombre que su obra. Y entiendo que la lectura es difícil, es compleja. No se lo pone fácil a nadie. Pero también hay textos que son bastante asequibles para el público en general,

al público culto, mediano, que no necesita tener conocimientos filosóficos.

Y me gustaría que fuera mucho más conocida porque el mensaje que nos transmite, sobre todo, es un mensaje de acercamiento al otro, de amor a la humanidad, a los otros, al cercano y al lejano también. Es un mensaje muy positivo donde funciona, sobre todo, la esperanza en el ser humano por conseguir un mundo mucho más humanizado.

Es decir, nada de un pensamiento *naïf*, un buenismo gratuito, sino que después de toda la tragedia que ella vivió —conoció en primera persona la guerra, los abusos y las injusticias del totalitarismo europeo, del nazismo—, fue capaz de no perder nunca la esperanza en la grandeza del ser humano.

Creo que esa es la lección que nos puede aportar más. Porque hoy, que todo el mundo echa pestes sobre la guerra, sobre cómo somos capaces de lo peor, nunca podemos olvidar que también somos capaces de lo más excelso, de lo más elevado.

Y la gente está necesitada de ese discurso de esperanza para no tirar la toalla y adaptarse al mal que hay hoy en día. Yo creo que necesitamos esos mensajes de esperanza, de resiliencia, para superar estos momentos de guerra, de intransigencia, de disparidad, de polémica, de enfrentamiento, etc. Es un mensaje muy necesario hoy en día.

Cuando termina la entrevista, se lo digo con franqueza: “Mercedes, me acabas de dar una masterclass”. Y no exagero. Leer su obra fue, en su momento, una brújula para mi propia investigación, y volver a escucharla me sirve para afinar de nuevo la mirada. Me acuerdo entonces de todos mis privilegios, y me llena de orgullo saber que puedo compartir tiempo y escuchar a personas como ella. Mercedes se aleja mientras sonríe, con esa naturalidad que tienen los verdaderos maestros: los que no buscan imponerse, sino alumbrar. Ella lo sabe —porque así conciben su vocación los que enseñan de verdad—: ayudarnos a ver con claridad allí donde empieza el claro del bosque.



Guitarra sobre una silla, 1997. Acrílico sobre lienzo y madera, 27 x 35 cm

